

El último milagro de Santa Margarita (fragmento)

J. P. Molina Cañabate. Ed. Sar Alejandría. 2023. 204 págs.

ISBN: 978-84-19104-86-1

## LA LUZ DEL MAR

Me llamo Julia López Balsera y soy psiquiatra. En 1942 recibí el encargo de ir a Santa Margarita, un pueblo cercano a Cartagena, para estudiar una serie de sucesos que la gente de allí había calificado como fenómenos extraños o paranormales.

El primero era el que llamaban la Luz del Mar. Algunas noches, los habitantes del pueblo veían desde la playa cómo, a pocas millas de la costa, una luz cálida y ambarina refulgía dentro del mismísimo mar. Era como si una linterna se hubiera sumergido o como si el sol, una vez puesto, quisiera amanecer de nuevo y se quedara durante algún tiempo bajo las aguas, cerca de la superficie, esperando a que las estrellas le dieran permiso para renacer.

La primera noche que la avistaron desde la costa, la Luz sólo se dejó ver un par de horas, y, antes de apagarse, titiló como la llama de una vela, dejando encendidos algunos miedos y todas las incógnitas sobre su procedencia.

El segundo de los fenómenos extraños que sacudieron al pueblo estaba muy relacionado con la Luz

—con su segunda aparición, para ser más precisos— y llegó, si cabe, con resultados más tenebrosos.

Tuvo lugar en una noche sin viento, cuando en la playa se escuchaba tan sólo el ir y venir de las olas. La mayoría de los habitantes de Santa Margarita estaban congregados allí y asistían en silencio a la vuelta de aquel extrañísimo fenómeno. De vez en cuando, alguien opinaba sobre la luz y sobre las causas de su aparición.

Cuando los comentarios empezaron a subir de tono, un joven chistó y pidió silencio.

—¿No lo oís?

Contestaron que no.

—¿Que no lo oís? —reprochó—. ¿De verdad que no lo oís?

Todos callaron y agudizaron sus oídos. «Son las olas del mar», replicó uno. «¡No, no lo es!», aseguró el joven. En efecto, no lo era. Tras unos segundos en los que reinó el silencio, los presentes oyeron un largo, larguísimo quejido, como el lamento de una ballena o de un espíritu. Aquel sonido espantoso procedía, precisamente, de la luz, de la Luz del Mar.

Quedaron petrificados. ¿La luz estaba viva? ¿Sería algún animal? Apenas tuvieron tiempo de encontrar la respuesta: la luz empezó a dirigirse hacia ellos, a gran velocidad, levantando una cortina de agua y espuma.

Cundió el pánico. Mujeres, niños, hombres: todos corrieron hacia las casas. Cerraron a cal y canto puertas y ventanas. Encendieron velas y entonaron rezos. Nadie pudo dormir esa noche en Santa Margarita. Incluso el párroco celebró una misa apresurada. No era para menos: quizá el mar estaba enfermo; quizá Dios se había enfadado con el pueblo. Quizá, por qué no, estaba cerca el fin del mundo. Si la primera noche el destino había traído esa luz y la segunda había venido acompañada de sonidos lastimeros y terro-ríficos, entonces, ¿qué traería consigo en una tercera visita?

La Luz desapareció un par de horas antes de que el sol rayara por el horizonte. Los miedos se apaciguaron con el canto del gallo y, más tarde, con los brillos de la mañana sobre las olas. Inquietos, esperaron toda la jornada a que llegase la noche. Ante la sorpresa y el alivio general, la Luz no volvió a aparecer ni esa ni las siguientes y todos pudieron dormir algo más —sólo *algo más*— tranquilos.

Cuando el pueblo parecía disfrutar de la tregua que la Luz les había dado, Víctor, nuestro amigo Víctor Valente, el maestro del pueblo, comentó en el Club Social que había empezado a estudiar el caso. Yo conocía a Víctor desde hacía muchos años y, gracias a él, mi marido y yo fuimos a Santa Margarita. Pero de eso hablaré más adelante.

Cuando Víctor dijo en el Club Social que estaba estudiando el caso, todos los contertulios empezaron a pedir silencio. Las conversaciones pararon. Los vasos dejaron de tintinear. En pocos segundos, el maestro se convirtió en el centro de atención de la sala.

—Les tengo que recordar algo —dijo—. Es Historia de esta región. En ese mismo lugar en el que hemos visto a la luz estos días, justo en ese mismo punto, se hundió en 1582 un barco que, casualmente, tenía el mismo nombre de nuestro pueblo: Santa Margarita.

—Válgame dios, es verdad. Fue en ese mismo punto —dijo don Pedro, dejando los naipes sobre la mesa.

—Esto es obra del Santísimo o del demonio —exclamó alguien entre los parroquianos.

Víctor empezó a contar la historia que había investigado. Le faltaban algunos datos y sabía que en los Archivos del Arzobispado podría encontrar más documentos.

—Habrá que pedir ayuda al párroco, ¿no? —dijo un contertulio—. Vamos, que habrá que contar con su beneplácito.

A don Pedro, que era el alcalde, se le torció el gesto.

Pedro Zapata había sido héroe de Belchite y era profundamente afecto al régimen (como no podía ser de otra forma). Pero veía con malos ojos que el párro-

co, y, por ende, el Arzobispado, se inmiscuyera en los asuntos del pueblo.

Por eso torció el gesto y por eso no quiso comentar nada.

Un rato después, él y el maestro abandonaron juntos el Club Social y dirigieron sus pasos a la plaza mientras se fumaban un cigarro.

—¿Qué podemos hacer, Víctor? La gente está empezando a perder la cabeza y esto se nos está yendo de las manos. No tengo nada contra el párroco, pero, en confianza, sí contra el Arzobispado. Necesitamos la ayuda de alguien. De alguien que no sea de Santa Margarita pero que tenga autoridad o, al menos, que lo parezca. Y que nos ayude, sobre todo que nos ayude.

Don Pedro tenía la intuición de que era percibido como un alcalde con poco mando, blando e incapaz de tomar decisiones drásticas en momentos duros. Algo de verdad había en esa corazonada. Por eso, dejar que el Arzobispado participara en la gestión del problema supondría minar un poco más su autoridad.

—Conozco a la persona ideal —contestó Víctor—. A mí me salvó la vida en Marruecos.

—¿Un camarada de armas?

—Por así decirlo.

—Un soldado o un médico.

—Es una doctora. Una psiquiatra. Una de las mejores de Madrid. ¿Qué opina, Pedro?

—Déjame pensar.

Según me contó Víctor algún tiempo después, el alcalde se tomó unos segundos para responder. Sostenía el cigarrillo entre los dedos y se acercaba la mano a la boca, como si no se atreviera a darle una calada y pensara una jugada de ajedrez en un tablero imaginario, anticipando varios movimientos

Una mujer.

Psiquiatra.

Y de Madrid.

Era fantástico: mi visita tenía todos los ingredientes necesarios para sacar de quicio al cura.

—Me gusta la idea de que venga esa psiquiatra —dijo tras pensar un rato—. Ponte en contacto con ella. No podemos pagarle mucho, pero le dejaremos por un precio simbólico que viva en *La casa amarilla*. ¿Crees que vendrá?

—Estoy seguro.

## ALMA DE VENCEJOS

En 1942, Juan y yo teníamos cuarenta y nueve años, tres hijos y mucha vida a nuestras espaldas. Yo había enviudado dos veces y Juan era mi tercer marido.

De mis dos primeros matrimonios me habían quedado malos recuerdos (que Dios me perdone). Pero también dos hijos, José y Manuel, que, aunque algo díscolos, eran buenos hijos. Al poco de casarnos Juan y yo llegó Rita, que se llevaba diez años con sus hermanos mayores.

Soy consciente de que, hoy, en 1983, todo esto (las muertes, las viudedades, las segundas y terceras nupcias) puede parecer extraño. Pero, por aquel entonces, era del todo lógico. La esperanza de vida era mucho más baja y las personas convivíamos de forma más natural y cotidiana con los nacimientos y con la muerte. Recuerdo, por ejemplo, que a principios de los cuarenta hubo en Madrid una epidemia de difteria. Y eran frecuentes los casos de pulmonía que, en muchas ocasiones, tenían un desenlace fatal. Daba igual la familia o la zona de Madrid donde residieras: nacíamos y moríamos en nuestras casas, ayudábamos en los partos y amortajábamos a nuestros fallecidos.

La guerra, era evidente, había sido una pesadilla. Pero, por extraño que pudiera parecer, los problemas se mantuvieron y se agravaron después de que acabara.

Juan perdió su empleo. Era un fantástico ingeniero, muy valorado y querido por los operarios de la fábrica Satrústegui, ¿recordáis?, aquella de materiales eléctricos cercana a la ronda de Atocha. Pero, quizá, esa buena sintonía no debió gustar del todo a los Satrústegui, pues fue despedido de la noche a la mañana sin ninguna explicación.

A solas, en casa, pensamos que alguien tenía que haberle denunciado. Denunciado por rojo o por ser afín al socialismo. Pero ¿quién podría ser? Juan no se llevaba mal con nadie y, además, era apolítico. Tenía que haber sido, a la fuerza, alguien que deseara su puesto o que le deseara algún mal e hiciera llegar a los Satrústegui alguna acusación falsa y relacionada con política. Quien le odiase tenía fácil denunciarle, pues Juan siempre se llevó bien con los obreros de la fábrica.

Me provocó mucha tristeza verle pasar algún tiempo sin fe, deambulando por la casa en silencio, como un fantasma. Pero la vida nos había enseñado que hay que transitar las penas y los duelos en su justa medida para después enterrarlos y para que no revivan jamás. Los primeros días, mi marido blasfemó y estuvo triste. Después dirigió su ira contra los dueños de la fábrica y contra ese invisible y anónimo denuncian-

te. Más tarde aceptó su nueva situación y, poco a poco, empezó a ser el que siempre había sido.

Pero cuando parecía que los problemas tocaban a su fin, las cosas empezaron a ir mal para mí.

Antes del levantamiento me había ganado en Madrid cierta fama como terapeuta y nunca faltaron pacientes en mi consulta. Sin embargo, desde el principio de año de aquel 1942 los pacientes dejaron de acudir de forma progresiva. Teníamos la percepción (después comprendimos que fundada) de que nadie quería hablar con nosotros.

En la Universidad corrí la misma suerte. Siempre intuí que el decano, Pascual de Sil, sospechaba que yo no era afecta al régimen y que tenía amigos republicanos de izquierdas. Lo cual, dicho sea de paso, era totalmente cierto. Pero también era cierto que tenía amigos de Falange y esa circunstancia no significaba que yo comulgara con sus ideas.

Cuando murió mi primer marido, en 1927, un año después de que yo regresara de Marruecos, ingresé —para no sentirme sola— en el Lyceum Club Femenino. Allí hice amistades que me movieron por otros círculos. Me presentaron a la pintora Victorina Durán, al diseñador Pepe Zamora o a la bailarina Tórtola Valencia. También conocí al novelista Álvaro Retana y a un joven muy tímido que había sido profesor de Derecho Mercantil y que también escribía poesía, un tal Vicente Aleixandre. Una vez, incluso, fui-

mos al teatro Lara para ver al transformista Edmond de Bries, que, como el mundo sabía, había nacido en Cartagena. Al término de la función me lo presentaron y volví a coincidir con él, unos años más tarde, en 1931, en una conocida tertulia del Café Lion, al lado de Cibeles.

El Lion era uno de mis cafés preferidos aunque las mesas estaban demasiado juntas para mi gusto. Se inauguró a principio de los 30 y, quizá, era uno de los mejores ejemplos de coexistencia de ideologías distintas en un mismo lugar. El ambiente en el local era claramente progresista. Pero, paradójica, dentro, en un sótano, había una sala que se llamaba *La ballena alegre*, en la que José Antonio Primo de Rivera tenía una conocida tertulia. Los invitados a la misma bajaban y subían raudos por la escalera como los marineros de un submarino que suben y bajan por las escalerillas de su nave, conscientes de que deben cumplir una misión.

Yo misma vi más de una vez en el Lion a Primo y a García Lorca charlando de forma amistosa. Se respetaban mucho y se tenían verdadero aprecio, según decían y según pude comprobar yo misma. Y si a alguno de nosotros nos hubieran dicho entonces, en ese momento, delante de esta estampa de la que fui testigo, cómo iban a terminar las cosas pocos años después, nadie, absolutamente nadie lo hubiera creído.

Perdí la pista a algunos conocidos después de la guerra. Los más conservadores, ya lo dije antes, se

afiliaron a Falange. Pero, en esencia, todo seguía estando igual. Mis amigos, de uno y otro signo, más o menos visibles, más o menos clandestinos, seguían siendo los mismos. Yo seguía siendo la misma terapeuta y la misma profesora. Sin embargo, el momento de la limpieza de sangre, ese que yo creía que no iba a llegar jamás, se nos echó encima como una noche oscura, de forma definitiva, brutal e irreparable.

Cierta mañana, un mozo llamó a la puerta de casa y me entregó en mano una nota. Era del decano, de mi decano. Me decía: «Me da muchísima pena. Lo siento. No puedes impartir más clases».

Pregunté a un par de compañeros si sabían por qué dejaban de contar conmigo. Todos se mostraron esquivos menos uno, que me dijo que mi perfil no encajaba dentro de la Facultad de Medicina.

Yo sabía que no se refería, exactamente, a la política. Se refería más bien a mis métodos de investigación y a la forma que tenía de trabajar en Psiquiatría. Mientras que la vieja Academia creía que sólo la química y los *electroshocks* curaban las enfermedades mentales, yo investigaba los procesos de la psique y su lenguaje, los arquetipos y los símbolos, incluso otras filosofías y otras religiones. Me atraían también la parapsicología y las paraciencias. Creía firmemente en la intuición.

Había vivido alguna que otra experiencia que en círculos científicos ya se llamaban *paranormales* y

más adelante contaré alguna. Por el momento, sólo diré que después de experimentarlas por mí misma, anotaba en un cuaderno todos los detalles y circunstancias que la rodeaban. Y lo hacía con la misma pasión y entusiasmo que tiene un entomólogo al estudiar a una mariposa bella y extraña.

Así que yo, para todos los demás en la Universidad, era amiga de revolucionarios y de médiums sin ser, del todo, ni revolucionaria ni médium. Y, en épocas de crisis —políticas, económicas y éticas—, no hay peor lugar en el mundo que estar en tierra de nadie ni peor ideología que no tenerla. Al final, no eres de ninguna parte y todos te perciben como enemiga sin serlo.

Por todo esto decidimos irnos de Madrid, poner tierra de por medio al menos hasta que las cosas se calmaran. Habíamos asumido que siempre seríamos extraños adonde fuéramos. Pero necesitábamos una tregua y comenzar de nuevo. Teníamos que encontrar algún lugar en donde, al menos, pudiéramos tener un empleo.

Necesitaba que alguien me diera ánimos, que nos diera ánimos. Y por aquellos días volví a ver, si se puede decir así, a mi padre.